

Las bodas del Cordero
acerca del sentido de las letanías y la ostensión
del Cordero inmolado

En estas páginas va impresa la conferencia que tuve en el Seminario diocesano de San Miguel.

No he querido darle una forma científica. La impirimo sin notas y casi sin referencias, tal como la leí. Quien conozca la teología de Erich Przywara y de Crispino Valenziano sabrá cuánto debo a uno y otro. El fundamento esponsal de la teología joánea, según Przywara se ve enriquecido por la teología litúrgica de Valenciano.

Daniélou y Quacquarelli me han aportado sus estudios sobre la ogdóada. La impostación patrística no se desdibuja tras los conceptos de estos autores modernos.

La dedico a quien pueda ayudarse con ella para una comprensión más profunda del misterio de la Misa.

josé luis narvaja sj

Cada una de las tres partes de la Misa tiene un canto que es una letanía: un canto que corresponde a toda la Asamblea y no sólo a uno de los ministros:

1. En el rito de entrada la asamblea entona la letanía de la misericordia: “Señor, ten piedad”.
2. En el rito del ofertorio que comienza después de la homilía, la asamblea entona la letanía del amor: La Iglesia, llena de amor a Dios y al prójimo, reza y pide por las necesidades de todos los hermanos. Y a cada una de estas oraciones, la asamblea responde, cantando: “Te rogamos, óyenos”.
3. En el rito de comunión la asamblea entona la letanía del cordero: “Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros, danos la paz”.

Las tres letanías son un reconocimiento del amor y de la misericordia de Dios; un grito en la necesidad, para que tenga piedad de nosotros.

Pero al mismo tiempo, cada una de estas letanías se va haciendo más profunda y se llena de un sentido mayor, más eterno.

Me voy a servir de la parábola del hijo pródigo, que en sus tres partes, mantiene una semejanza de sentido con las tres letanías que acabo de referir.

Primera letanía

En la primera letanía pedimos al Señor que tenga misericordia de nosotros porque somos pecadores. Aunque en el baño del bautismo fuimos hechos santos, en el camino de la vida nos hemos dejado abatir.

Y como en la parábola del hijo pródigo, los pensamientos de nuestro corazón despiertan la memoria:

“¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!”

La parábola dice: “Y entrando en sí mismo...”

Primero entra en sí mismo y se da cuenta en qué estado se encontraba, qué había perdido, a quién había ofendido y en manos de quién había caído; reconoce su estado miserable.

Y luego de haber entrado en sí, de haber llegado a lo más profundo de su corazón, donde se despertó su memoria, sale de sí y vuelve al Padre. Esa miseria pide misericordia: “Me levantaré e iré a mi padre y le diré...”

Aquí está la letanía: el testimonio insistente de nuestra pobreza y de su bondad.

Dice Nicolás Cabasilas comentando la letanía de la misericordia en relación con la alabanza de Dios:

“Quien implora al Señor es uno que le da gracias y lo confiesa. ¿Qué implora? La misericordia. Esta es la imploración de quien, no teniendo posibilidad de defender su propia causa o de justificar su propia conducta, se dirige a aquel que hace justicia, con esta última palabra, confiando en la clemencia del juez y no en su propio derecho. Es imploración de uno que da testimonio de la benignidad de quien hace justicia y da testimonio también de la pobreza de quien implora - esta es confesión, la otra, acción de gracias.”

Es la memoria la que hace presente esas experiencias de amor incondicional que Dios nos ha hecho vivir.

Sigue diciendo Cabasilas:

“Implorar la misericordia de Dios es pedir su reino. Cristo lo ha prometido a quien lo busca antes que a todas las otras cosas, lo ha prometido junto con todas las otras cosas. ... Pero ¿cómo sabemos que la

misericordia de Dios significa su reino? Porque Cristo, hablando del premio de los misericordiosos, dice que obtendrán misericordia ... Y más adelante, dice a los de su derecha - es decir a los misericordiosos - : Venid, benditos de mi Padre, reciban en herencia el reino preparado para vosotros.”

“Me levantaré e iré a la casa de mi Padre...”

Porque al entrar en sí mismo, le sigue un movimiento hacia fuera. El perdón del padre, esa experiencia de amor y de misericordia, al mismo tiempo despierta (o vuelve a despertar) mi vocación de hermano: la posibilidad de perdonar como he sido perdonado.

Los evangelios sinópticos conservan una larga serie de este canto letánico que desgraciadamente no ha sido recogido por la liturgia:

“Durante el viaje a Jerusalén ... Se le acercaron diez leprosos y le dijeron: *iesou epistáta eleéson hemás!* (Jesús maestro, ten piedad de nosotros) ... Uno de ellos, viéndose curado, volvió alabando a Dios en alta voz, y se postró, dándole gracias (*euchariston*).” (Lc 17)

“Cuando llegaron donde estaba la gente, se le acercó un hombre que, arrodillándose, le dijo: Señor, ten piedad (*kyrie elison*) de mi hijo, porque es lunático...” (Mt 17)

“Mientras salían de Jericó... dos ciegos, escuchando que pasaba Jesús se pusieron a gritar: *Eleison hemas, kyrie hyios David!*” (Mt 20)

“Jesús se dirigió a la región de Tiro y Sidón. Una cananea se puso a gritar: *Eleison me, kyrie hyios David!*” (Mt 15)

No se agota la misericordia del hijo del hombre, ni está reservada sólo a una parte de su grey la compasión del epistates, del maestro bueno.

Por la letanía del Señor misericordioso, la cananea, en su sentimiento materno, se convierte en ícono femenino de la compasión de Dios.

Su palabra se confía definitivamente a la clemencia de aquel que hace justicia, sin invocar sus propios derechos.

Es la palabra de quien descubre en la mesa del Señor el pan de los hijos que alimenta a todos.

Por eso Jesús le dice:

“Por las palabras que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija.” (Mc 7)

Y este ícono aparece, precisamente, pocos versículos antes de la multiplicación de los panes.

Segunda letanía

En la segunda letanía, la Iglesia que camina en la historia, le presenta al Señor sus necesidades, le pide que tenga piedad y le dé su gracia. Necesitamos esa gracia para que nuestra vida se vea libre de esas necesidades y para que nuestros corazones se fortalezcan y aceptemos, en último término, su voluntad.

“Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente.”

Dios se anticipa con su misericordia. Conmovido, salió corriendo, lo abrazó y lo cubrió de besos.

Nuevamente la memoria recupera esas experiencias del cuidado amoroso de Dios. Dios que nos envuelve en su providencia, en su cuidado amoroso.

Escribe Gogol:

“La Iglesia establece que se ofrezca por todos una oración universal. El alto valor de esta oración y su imperiosa necesidad no pueden percibirse con sutiles razonamientos, sino que sólo los santos llegan al conocimiento del misterio. Ellos ven y comprenden cómo, entre todos los que viven en Dios no hay separación, que la corruptibilidad de nuestro cuerpo es efímera y no impide las relaciones ... Y todo lo que tiene a Cristo por cabeza es eterno por su eternidad.”

“El alto valor”, dice, se refiere a la caridad de los fieles que es su participación de la caridad de Dios, absolutamente necesaria, por eso la invocamos; y se refiere a la caridad que es el ejercicio de la caridad de Dios

Esa experiencia del cuidado amoroso del padre despierta en nosotros otro aspecto de nuestra vocación de hermanos: la posibilidad de cuidar nosotros mismos de los otros.

Y debe ser una letanía, pues una oración no repetida insistentemente no podría expresar de manera adecuada la oración en la que participa todo el universo: es decir la historia y la historia de la salvación: la oración universal.

Y según Gogol, esta oración no es inteligible con razonamientos, sino un misterio que comprenden los santos.

Es oración universal: que toca, a la vez, al Señor, Padre de la misericordia y remedio de todos los males, a las llagas de su cuerpo y al destino de ese cuerpo llagado.

Es oración universal: que funde orgánicamente lo universal y lo particular de Cristo, que sufre y goza por tantas personas como el mismo Cristo, que es el universal singular de todo el cosmos en todos los tiempos.

Es experiencia sacramental de la revelación de Rm 8, por la que la *communio sanctorum* puede sentirse protegida ante la corruptibilidad: pues por medio del Espíritu está fundada en la misma eternidad de Cristo.

Cuando el concilio Vaticano II restablece la oración universal, hace referencia al texto de 1Tim 2,1-2:

“Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracia por todos los hombres...”

Y Pablo sigue, aunque no lo cita el concilio:

“Porque esto es una cosa bella y agradable a Dios, nuestro salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad.”

El “alto valor” y la “imperiosa necesidad” de la oración de los fieles, según las palabras de Gogol, está, en primer lugar, en su belleza y agrado ante Dios salvador, en la conformidad de nuestra oración con su voluntad salvífica.

Y esto no significa poco para nosotros quienes, según Pablo, no sabemos qué cosa debemos pedir.

Por el contrario significa mucho saber que en la oración universal nuestros pedidos se identifican con los gemidos

inefables del Espíritu y por sus deseos, se identifican con los deseos de Dios.

Por este motivo la letanía de la caridad es normalmente trinitaria: dirigida al Padre, en el Hijo, por el Espíritu.

Tercera letanía

“El padre dijo a sus siervos: Traigan aprisa el mejor vestido y vístanlo, pónganle un anillo en su mano y una sandalia en los pies. Traigan el novillo cebado, mátenlo y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron la fiesta.”

Mientras que en las dos primeras letanías la asamblea está de pie y canta, a esta tercera letanía - la última y la más profunda - se le añade un elemento: mientras se canta la letanía, el sacerdote realiza un gesto muy importante: la fracción del pan.

Es un gesto tan importante, éste de partir el pan transformado en el cuerpo de Cristo, que para la Iglesia primitiva esta expresión “la fracción del pan” significaba, sin más, la misa:

“Los cristianos - dice el libro de los Hch - acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones.”
(Hch 2,42)

En este momento central, en que se realiza la fracción del pan, antes de la comunión, le cantamos al Cordero pidiéndole que tenga piedad de nosotros, que nos dé la paz.

En la primera letanía le pedíamos que tuviera piedad de nosotros porque somos pecadores.

En la segunda letanía, la Iglesia que camina en la historia, le presenta al Señor sus necesidades y le pide que tenga piedad y le dé su gracia.

Pero en la tercera letanía, en este momento centralísimo de la celebración, le pedimos que tenga piedad, pero este pedido tiene otro sentido.

No le pedimos perdón...

No le pedimos la fuerza de su gracia para caminar dignamente en la historia...

Le pedimos que se compadezca de nosotros que estamos caminando en la historia y tenemos hambre de él.

Le pedimos que se nos entregue él mismo. Que se nos dé en cuerpo y sangre, como banquete.

“Esperando con alegría, por la misericordia del Cordero, comulgar del cuerpo de Aquel que es nuestra paz, cantamos: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros, y también: danos la paz, para que nos dé la conversión y la remisión de los pecados y establezca la paz. Él es el Cristo, llamado Cordero por su inocencia (Hb 7,26), por eso le pedimos que él, que es el rey de la paz (Hb 7,2) nos dé la paz. Él es el Cordero pascual destinado desde la fundación del mundo a ser inmolado (1Pe 1,19-20; Apc 13,8).” (Sicardo de Cremona)

Esto es lo que pedimos al mismo Jesús. Es lo mismo que dicen las últimas palabras de la Escritura: “Ven, Señor, Jesús”. Que él venga a nosotros.

Antes le pedíamos el regalo de su misericordia, ahora pedimos que se nos regale él mismo. El mayor de todos los regalos.

Y en ese momento:

“El sacerdote fracciona el pan para que en este momento reconozcamos aquí al Señor a la manera de los discípulos de Emaús.” (Pedro Damiano)

La fracción del pan nos recuerda la cena de Emaús, cuando los discípulos reconocieron al Señor, precisamente cuando partía el pan.

En otras palabras, decimos: “Ven Señor, Jesús”. Y lo decimos, porque queremos verlo.

“Lo ofrecido sobre el altar se fracciona en pedazos porque el pan de los ángeles ha sido despedazado sobre la cruz, y para que, nutriéndonos de él, se vuelva a reunir lo que fue dividido por nuestros pecados.” (Honorio de Autún)

Ven, Señor Jesús, Cordero sacrificado y aliméntanos con tu Cuerpo, para que forme un solo cuerpo, que es la Iglesia.

Dice Germán de Constantinopla, y con esto hago referencia a lo que hemos dicho acerca de la oración universal:

“Se fracciona al indiviso e indivisible, y en todas los fragmentos se reconoce al todo. Porque murió y, sin embargo, no fue tocado por la corrupción. Se ha puesto un poco de agua en el vino para comulgar del cáliz como del costado mismo del Dios viviente... Porque el costado es puerta a la fe y al conocimiento de la Trinidad; así lo presenta Juan confirmando con estos tres testimonios su enseñanza acerca de la fe y

del conocimiento de la salvación. Tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre.”

La ostensión del cuerpo del Cordero

La importancia de esta letanía junto con la fracción del pan, se extiende a lo que viene después: el sacerdote muestra los santos dones a la comunidad reunida, que espera comulgar del Cuerpo y la Sangre del Señor, que espera que se cumpla lo que acaba de pedir en la letanía.

Al mostrar los dones, el sacerdote se une a San Juan Bautista, el último de los profetas, el único profeta que vio al Señor y lo señaló a dos de sus discípulos, Juan y Andrés, que desde ese momento van a seguir a Jesús. Y con el Bautista, el sacerdote exclama:

“Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo” (Jn 1)

Se une a Juan Bautista, quien dijo:

“El que tiene la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud.” (Jn 3)

Los dos Juanes – Juan el Bautista que señala al Cordero que quita el pecado del mundo y Juan Evangelista, que, cuando el Bautista le señaló a Jesús lo siguió inmediatamente – nos llevan de nuevo al apocalipsis.

Y esto es exacto.

Es exacto, porque la procesión que se hace a continuación para recibir el cuerpo del Cordero despedazado en la cruz para quitar los pecados del mundo... esta procesión, decía, es un caminar escatológico hacia ese mismo Cordero que nos prometió que volvería al final de los tiempos y cuyo regreso se nos profetiza en el Apocalipsis.

Los Cantos del Apocalipsis al Cordero inmolado resuenan en el canto que acompaña a la fracción del pan, pero también resuenan en la exclamación del sacerdote:

“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, felices los invitados a la cena de bodas del Cordero.” (Apc 19,9)

y en la aclamación de la asamblea en este momento de la presentación de la eucaristía.

“Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: ¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso.

Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura - el lino son las buenas acciones de los santos.' Luego me dice: 'Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero.' Me dijo además: 'Estas son palabras verdaderas de Dios.'" (Apc 19,6-9)

Es el ángel que dice a San Juan:

"Escribe: felices los invitados a la cena de bodas del Cordero."

Como también es Juan uno de los dos discípulos del Bautista a quienes les dice: "Este es el Cordero de Dios".

Las bodas del Cordero nos evoca la parábola de los invitados a la fiesta de las bodas:

"Y sucedió que, habiendo ido en sábado a casa de uno de los jefes de los fariseos para comer, ellos le estaban observando. Dijo también al que le había invitado: 'Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando

des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque no te pueden corresponder, pues se te recompensará en la resurrección de los justos.’ Habiendo oído esto, uno de los comensales le dijo: ‘¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!’ El le respondió: ‘Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: Venid, que ya está todo preparado. Pero todos a una empezaron a excusarse.

Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces, airado el dueño de la casa, dijo a su siervo: ‘Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos.’” (Lc 14,1.12-18.21)

En este texto es uno de los comensales quien dice: “Feliz quien comerá el pan en el reino de Dios”, haciendo una referencia explícita a la eucaristía.

Y Jesús retoma su discurso, enseñando quiénes son los que van a comer de este pan en el reino de Dios: los pobres, los lisiados, los ciegos, y cojos.

Es celebración de bodas, celebración esponsal no tanto porque los invitados participarán de la cena de bodas del

Cordero, sino más bien porque participan esponsalmente: los que son su esposa, se revisten y llevan el vestido de lino puro.

Este “vestido de novia” es en primer lugar el vestido blanco del bautismo, que no debe ser manchado.

Es también el vestido de las buenas obras: los tres aspectos de nuestra vocación de hermanos de los que estamos haciendo mención:

Vocación a la misericordia, porque fuimos objeto de misericordia;

Vocación a la caridad, porque fuimos objetos de la caridad;

Vocación a ser constructores de la paz, como veremos luego.

Esta imagen del vestido de lino se encuentra en paralelo con la del aceite de la parábola de las vírgenes que se preparan para la venida escatológica del novio.

“Entonces el Reino de los Cielos será semejante a diez vírgenes, que, con su lámpara en la mano, salieron al encuentro del novio. Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Las necias, en efecto, al tomar sus lámparas, no se provieron de aceite; las

prudentes, en cambio, junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuza. Como el novio tardara, se adormilaron todas y se durmieron. Mas a media noche se oyó un grito: ‘¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!’” (Mt 25,1-6)

Estas vírgenes que nos representan a nosotros, con la imagen del aceite, nos hablan de la preparación personal para el banquete de bodas, en el que no somos espectadores, sino Esposa: no sólo lo vemos (como en Emaús), sino que lo tocamos, lo gustamos, lo oímos hablarnos amorosamente en nuestro interior y expandir su perfume de bondad en todo nuestro cuerpo.

El lugar de las bodas: el ónfalos

El ónfalos es, en la arquitectura del aula de la iglesia, el lugar eminentemente esponsal.

Esto requiere una aclaración.

La arquitectura, como arte de conducir luz a través del espacio, expresa el misterio teandrico, es decir el misterio del Dios-hombre, en la carnalidad del espacio y en la espiritualidad de la luz.

Este misterio “teándrico” se manifiesta plenamente en la compenetración que tiene la materialidad del aula y el sentido

de la luz, de manera que se puede hablar de una arquitectura de la luz.

Dice san Pablo:

“Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.” (1Cor 15,45)

ADAN es signo de la totalidad del mundo.

“Adán significa, según la lengua griega el orbe terráqueo. Su nombre se forma con cuatro letras, ADAN y en griego los nombres de las cuatro partes del mundo: al oriente los griegos lo llaman *Anatolé*; al occidente, *Dýsin*; al norte, *Arkton*; y al sur, *Mesembría*. Con ellas se forma la palabra ADAN.” (Agustín)

Este Adán primero y figura del que ha de venir, forma una cruz en la planta del aula de la iglesia al describir dos ejes horizontales:

El eje este-oeste es signo de la encarnación: está marcado por el camino del sol (“el sol que nace de lo alto”). El Señor nace como el sol para “iluminar a los que viven en sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1)

Es el camino del sacerdote cuando entra, símbolo del Hijo de Dios que se hace hombre, el nuevo Adán.

Es el camino (de oeste a este) que el sacerdote recorre, a mitad, en el ofertorio, para recibir los dones. Cristo hecho hombre se mezcla con los suyos.

El eje norte-sur es pascual y tiene tres símbolos que lo identifican:

1. El ambón que está en lugar de la piedra donde el ángel anunció la resurrección.

“El ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella... Y les dijo... Ha resucitado.” (Mt 28)

2. El cirio, la columna de fuego que condujo al pueblo durante la noche, al salir de Egipto.

“Esta es la noche que disipó las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna de fuego... Esta es la noche en que Cristo rompió los lazos de la muerte y subió victorioso de los abismos...”

Te rogamos, Señor, que este cirio consagrado en honor de tu nombre continúe ardiendo constantemente para disipar la oscuridad de esta noche.”

3. El baptisterio, el lugar del bautismo, al que los antiguos denominaban “iluminación”.

Pascua de Cristo y pascua del hombre.

La carne del Señor asociada a la eternidad del Espíritu, abre la puerta para que toda carne renazca por ese Espíritu. “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy” (Sl 2) es verso eminentemente bautismal.

Pero hay un tercer eje, el único vertical, llamado ónphalos, es decir “ombligo”. Representa el evento de la ascensión del Señor a los cielos.

“Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: ‘Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo.’” (Hch 1,9-11)

La ascensión en que Cristo nos es arrebatado, da lugar a la promesa de que volverá.

Y éste es, precisamente, el lugar donde vuelve Jesús.

Un segundo misterio significado en el ónphalos es el misterio de las bodas del Cordero.

A esto se refieren las dos acciones litúrgicas que tienen en el ónfalos su lugar propio: la comunión y el matrimonio.

Dos misterios que san Pablo pone juntos:

“Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia. En todo caso, en cuanto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer, que respete al marido.” (Ef 5).

Volvamos ahora a lo que decíamos sobre nuestras letanías.

Este Cristo Cordero que es esposo de nuestras almas ha sellado su matrimonio entregando a su esposa, la Iglesia, nosotros, un anillo.

Dice una antigua oración de bendición de los anillos en la ceremonia del matrimonio:

“El Señor Jesucristo

esposo de justicia y verdad

él, de novio con la Iglesia de todos los pueblos

con su sangre le ha dado la dote

y con los clavos que lo han crucificado

le ha hecho un anillo...

¡Cuántos misterios se encierran en el esplendor del anillo!

Con su justicia se revistieron los santos

por su verdad brillan los justos.

Es el anillo que liberó a Tamar de la muerte (Gn 38,18-25);

Es el anillo que estaba en el dedo de José cuando iba sobre el carro (Gn 41,42-43);

Es el anillo que exaltó a Daniel en la victoria (Dn 14,11-14);

Es el anillo que el Padre entregó al hijo pródigo cuando hubo regresado a casa después de despilfarrar los bienes de su Padre (Lc 15,22);

y entonces, para él, el padre hizo sacrificar el ternero engordado (Lc 15,23-27.30; Hb 9,6-28)

Es el anillo que une la esposa al esposo...

¡Que sea para ellos como es el anillo místico

que conduce a las bodas a la hija de su pueblo, que ha recibido el don del cuerpo y de la sangra para la remisión de los pecados!

Sea bendito el anillo para la alegría de los hijos de la santa Iglesia.”

(bendición de los anillos en el libro sirio de las bodas)

Cristo, Cordero y Esposo, en el momento más elevado de su vida entre nosotros, nos ha entregado un anillo matrimonial.

Lo recordamos en cada misa.

Esta es la sangre del Cordero que ha sido sacrificado por nuestros pecados; “la sangre de la Nueva Alianza que será derramada por vosotros y todos los hombres”.

No en vano el anillo matrimonial lo llamamos “alianza”.

Este anillo entregado por el Cordero Esposo es la misa misma.

Un anillo con tres perlas y dos diamantes: tres perlas, cada una de las tres partes de la misa que estamos explicando; dos

diamantes: su Palabra y su Cuerpo, que son Él mismo: Palabra de Dios hecha carne que se entrega.

El amor de Dios no sólo es como el de una madre, en el ícono de la cananea, siempre dispuesto a comprender, siempre dispuesto a perdonar.

Es también como el amor de padre que me hace responsable.

En este anillo, en este vestido y en estas sandalias que el padre me entrega como a hijo pródigo, me hace digno (y esto como respuesta al “no soy digno de que entres en mi casa... pero una palabra tuya bastará”).

Me hace digno y me hace responsable.

Es un tercer aspecto de nuestra vocación de hermanos: esa dignidad restituida, me ofrece la posibilidad de dar paz ... y me hace responsable de esa paz.

Así tiene sentido lo que Juan dice en el Apocalipsis: “Vi una palabra”.

Así se renueva sacramentalmente aquel verbo característico de las apariciones post-pascuales del Señor: el “se apareció” de nuestras traducciones castellanas es en griego “ephanerosthe”: se hizo visible.

La ogdóada

La perspectiva escatológica de este misterio está presente, de manera particular en la arquitectura de la capilla de este seminario con su planta octogonal.

El número 8 nos recuerda la Alianza.

La primera alianza de Dios con el hombre, porque 8 fueron los salvados en el arca;

La alianza con Abraham, sellada en la circuncisión, al octavo día;

Nos recuerda el bautismo, según las palabras de Pedro:

“En otro tiempo incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios, en los días en que Noé construía el Arca, en la que unos pocos, es decir ocho personas, fueron salvados a través del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo que los salva”
(1Pe 3,20-21)

Pero también y precisamente por esto es símbolo de la nueva creación:

Porque en seis días creó Dios al mundo, el primero la luz – en el sexto al hombre – y al séptimo descansó.

Pero al octavo día – el primero de la segunda semana – resucitó el Señor, la luz verdadera – primogénito de toda creación.

“Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.” (2Cor 5,17)

“Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habitará la justicia.” (2Pe 3,13)

Si recordamos, por último, que la palabra griega *Ekklesia* – Iglesia – significa “los llamados de todas partes”, el aula de esta Iglesia nos recuerda todo el misterio del que hemos hablado hoy: misterio de los llamados: primero a ser hijos y gracias a la común filiación, hermanos, para unirnos en una alianza sponsal con Cristo Esposo.

Alianza – nueva alianza – que se cumplirá plenamente en la gloria, cuando Dios lo sea “todo en todos” (1Cor 15,28) y pasemos de la luz creada, por medio de quien se llamó “Luz del mundo”, a habitar la “luz inaccesible”, esa luz que no conoce ocaso.

Aunque ya participamos de ella sacramentalmente.